



NÚMERO 799

10 DE AGOSTO DE 1914

AÑO XXXI

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 3.—Trajes de casino

SUMARIO

TEXTO. - Explicación de los suplementos. - Descripción de los grabados. - Crónica de la moda. - Consejos útiles. - Cómo pintó Murillo el cuadro de Santa Isabel de Hungría. - Pensamientos. - La huérfana de Dordrecht, por M. Filiberto de Audeband (continuación). - Recetas culinarias.

GRABADOS. - 1 a 3. Trajes de Casino. - 4. Adorno para mesas de lunch o desayunos. - 5. Servilleta de centro bordada y servilleta para te. - 6. Mesa adornada formando una X. - 7. Colcha para cuna. - 8. Página de frivolidades estivales. - 9 a 12. Trajes para la tertulia en la terraza del Castillo. - 13 a 17. Trajes para los Bañerios de moda.

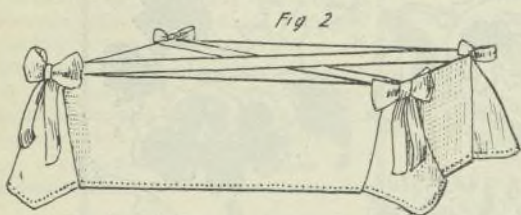
HOJA DE PATRONES NÚM. 799. - Varias prendas diferentes.

HOJA DE DIBUJOS NÚM. 799. - Diversos y variados dibujos.

FIGURÍN ILUMINADO. - Traje para niñas.

EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

1. HOJA DE PATRONES NÚM. 799. - Blusa para señora, abrigo para niña, matiné y cubrecorsé. - Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.
2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 799. - Diversos y variados dibujos. - Véanse las explicaciones en la misma hoja.
3. FIGURÍN ILUMINADO. - Traje para niñas.
- I. Traje de niña de velo azul pálido guarnecido con volantes y bieses de tafetán del mismo color: manguitas cortas.
- II. Traje sencillo de fulard de fantasía, con canesú y corbata y cinturón de color de violeta.
- III. Abriguito de terciopelo de lana color de mostaza: cue-



4.-Adorno para mesas de lunch

llo de peregrina forrado de tela azul y adornado de botones blancos.

IV. Traje de crespón verde; faldeta completamente plegada de muselina, lo mismo que el volante pegado al escote y en el borde de las mangas.

V. Traje de hechura de sastre, chaqueta recta guarnecida de galones y de un cuello de marinero; falda plegada adornada del mismo galón de la chaqueta.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 a 3. TRAJES DE CASINO.

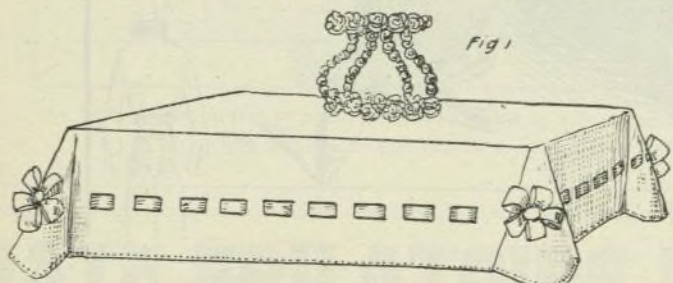
I. Traje de tela de fantasía de color azul antiguo, cuerpo abrochado en el delantero, cuello y cinturón muy bajo, de raso negro y falda plegada.

II. Traje de jerga de color castaña de las Indias. Cinturón de tafetán escocés: cuello y peto interior de piqué blanco, falda interior plegada.

III. Traje de paño arrasado de color de lila encarnada, cuello y cinturón de raso negro lo mismo que los botones. Túnica montada a grandes tablas sujetas por presillas respunteadas muy lisas y guarnecidas de botoncitos. Delantero de guipur de color crudo.

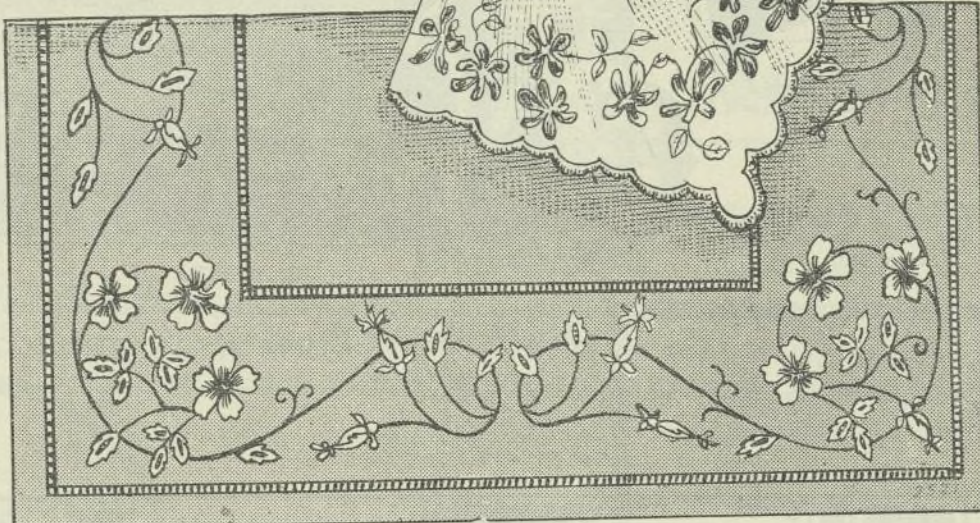
4. LABORES PARA LAS DAMAS. Adornos para la mesa. Para la decoración floreal de la mesa todas las fantasías están admitidas con la condición de que no han de molestar ni durante el servicio ni a los convidados. El primer grabado representa un decorado para lunch o para desayuno; el centro estará formado de rosas, violetas de Parma y mimosas montadas sobre delgados alambres: en el blanquísimo mantel, se pasa una cinta de los números 22 ó 60, siguiendo las dimensiones del mantel, y la cinta de color adecuado a las flores del centro de la mesa. El segundo grabado representa una mesa para seis cubiertos sobre la cual hay una cinta ancha cruzada y anudada en cada esquina formando una gran X.

5. SERVILLETAS DE CENTRO Y PARA TE. Pueden copiarse siguiendo el dibujo que se halla sobre nuestra Hoja de dibujos fuera de texto; y ejecutada sobre un cuadro de tela de 80 centímetros; se puede emplear el bordado al pasado liso para las flores y el punto de cordoncillo para las hojas, y los arabescos y los tallos, a punto de cordoncillo falso. Las flores serán de color de rosa de tres tonos, del tono medio al muy claro: el fo-



6.-Mesa adornada formando una X

llaje de la misma escala de verde mediano y los tallos verde oliva y habana. La servilleta para la mesa de te medirá 45 centímetros en cuadro: para la ejecución se utilizará tela blanca o de color crudo; después de dibujado, que en nuestra Hoja de dibujos se halla una reproducción fuera de texto, el bordado y los tallos a punto de cordoncillo muy flojo, el festón del borde se rellenará ligeramente antes de bordarlo.



5.-Servilleta de centro bordada y servilleta para te

7. COLCHA PARA CUNA, de muy fácil ejecución y a pesar de ser tan sencilla es sumamente elegante. Los contornos exteriores estarán festoneados, ligeramente rellenos; el bordado exterior se compone de ramas de flores y espigas de trigo que se bordan al pasado liso con sedas argelinas de colores naturales, o más sencillamente de azul o rosa de un solo tono, lo mismo que el festón del borde; referente al festón, no es necesario seguir exactamente las líneas del dibujo, pues la apariencia de esta clase de labores es de un trabajo hecho a la ligera, neglentemente, como un mero pasatiempo, así requiere este festón unos puntos pequeños y desiguales, para marcar los contornos dibujados.

Para preparar el bordado se empleará algodón algo más grueso que el de bordar y se aplica a la tela por algunos puntos de bastilla, todo el trazado se continúa en la misma forma y el mismo punto. Se llena el espacio que media entre los dos trazos por varios puntos de bastilla, yendo y viniendo tantas veces como sea necesario y así relleno queda el bordado firme y con mucho relieve. Nuestra Hoja de dibujos fuera de texto, reproduce una parte del dibujo de tamaño natural.

8. PÁGINA DE FRIVOLIDADES ESTIVALES.

I. Cinturón de raso flexible negro anudado detrás.

II. Cinturón de cinta guarnecido de bieses de raso negro.

III. Blusa de raso color de coral, con solapas negras y peto interior blanco.

IV. Cuello y delantero de linón blanco.

V. Cuello de linón blanco y corbata de raso negro.

VI. Blusa de linón color de marfil guarnecida de encaje, pañoleta interior de tul y cinturón y escarapela de raso de color verde Imperio.

VII. Blusa de tafetán azul nattier con doble haldeta recortada formando ondas redondas. Cinturón de raso negro y mangas y peto interior de muselina de seda blanca.

VIII. Blusa de seda listada blanca y negra, adornada con un cuello y una pechera de tafetán blanco.

IX. Blusa de crespón de China blanca guarnecida de calados y de un cuello de lencería.

X. Blusa de raso flexible de color verde Imperio guarnecida con encajes de color de ocre y de tul adecuado al encaje.

9 a 12. TRAJES PARA LA TERTULIA EN LA TERRAZA DEL CASTILLO.

I. Traje sencillo, de crespón blanco, con larga túnica, guarnecido con bordados de algodón color de linón, y botones y cinturón de tela color de limón. Cuello de batista larga y mangas largas.

II. Traje de tussor estampado; falda truncada por cordones y cuello y puños de linón bordado. Cinturón de raso azul.

III. Traje de hechura de sastre de gabardina de color beige: falda lisa con bolsillos. Chaqueta corta por delante, abierta sobre un chaleco de piqué blanco.

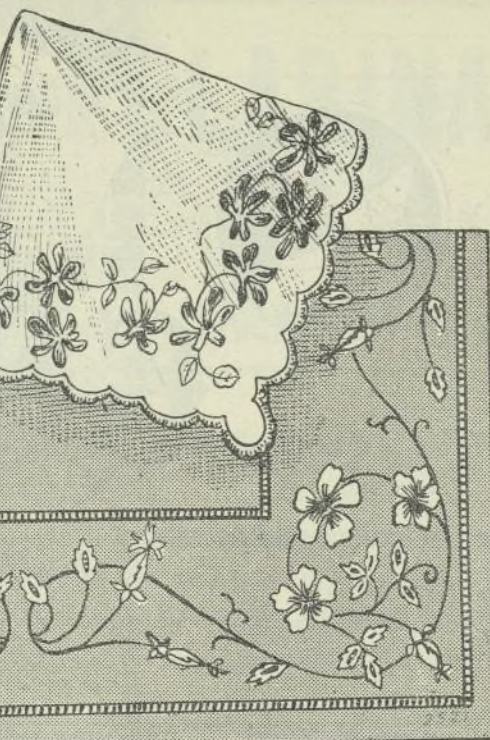
IV. Traje de hechura de sastre de gabardina de color azul antiguo, guarnecido de galones negros y botones de ámbar. Cuello de piqué blanco.

13 a 17. TRAJES PARA LOS BALNEARIOS DE MODA.

I. Traje de jerga muy fina. Túnica muy larga plegada. Cuerpo formando torera, adornado con un cuello y puños de linón, orlados de un rizado.

II. Traje de gabardina color de kaki, plegado en el delantero de la falda; cuerpo formando chaleco y mangas y blusa interior de tela estampada.

III. Traje de doncella de honor de tul blanco sobre viso de color de carne. Cuerpo y túnica de tafetán blanco. Lazos de terciopelo negro detrás frunciendo el faldoncillo.



7.-Colcha para cuna

IV. Vestidito de niña, de tela blanca adornado con entredos de Irlanda; faldita plegada y cinturón de tafetán.

V. Traje sencillo de crespón liso. Cuello y canesú de la falda de crespón de fantasía. Botones en la falda y en las mangas y cinturón de cuero.

CRÓNICA DE LA MODA

Vamos a decir hoy cuatro palabras acerca de la generalización de la moda. Durante el siglo XVI fué cuando nuestra nación, España, dictó la moda a las cortes y a las clases altas; las clases medias, en cambio, usaron el traje típico de cada país. Así es que vemos a los caballeros de todas las cortes euro-



peas vistiendo el severo jubón y la rígida gola, y las damas con una indumentaria a propósito para desfigurar el cuerpo femenino. Se comprende que, según cuentan las crónicas, los devotos de la moda acabaron por no poder comer la sopa con las cucharas usuales, sino que tuvieron que servirse de otras, de palo mucho más largo para encontrar la boca por encima de la voluminosa golilla.

Al ser reemplazada ésta a principios del siglo XVII, por el gran cuello blanco, caído sobre los hombros, esta moda encontró aceptación entre todas las clases de la sociedad y no tardó en ser adoptada por ambos sexos. Mucho contribuyó también a la divulgación de esta moda la guerra de los Treinta Años, en la que intervinieron casi todos los Estados europeos, efec-



8. - PÁGINA DE FRIVOLIDADES ESTIVALES



9 A 12. - TRAJES PARA LA TERTULIA EN LA TERRAZA DEL CASTILLO



EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona.

XXIX. — N.º 799

ESTREÑIMIENTO SUPOSITORIOS CHAUMEL

para Adultos, y para Niños.
Infalibles; efecto producido en media hora.
FUMOZE - PARIS, y en todas las Farmacias del Globo

*Solución Pautauberge, el
remedio más eficaz para curar enfer-
medades del pecho las toses recientes y
Antiguan los bronquios.*



La "CRÈME SIMON", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo
à la "Crème Simon".





13 A 17. - TRAJES PARA LOS BALNEARIOS DE MODA

tuándose así más fácilmente la adaptación del nuevo traje, más cómodo y pintoresco que el antiguo. En vez de raparse la cabeza, los hombres hacían gala entonces de una profusa cabellera que, ligeramente ondulada, caía sobre sus hombros. Muchos también siguieron la moda de los *cadettes*, impuesta en París por Mr. de Cadenet, y que consistía en cortar el cabello del lado derecho a la altura de la oreja, dejándolo en cambio mucho más largo del lado izquierdo, tanto que con ello podía hacerse una pequeña trenza, entrelazada con perlas y cintas. Pero una vez lanzada la moda de la abundante cabellera, que no podía encontrarse en todas las cabezas, ésta fué el primer paso hacia la peluca. En 1624, diez años después de haberse visto las primeras «falsas cabezas», Luis XIII de Francia elevó la peluca a la categoría de peinado a la moda, y con este concepto imperó en el mundo cerca de dos siglos. La abundante cabellera requería el sombrero de anchas alas, adornado de ondeante pluma y a menudo de broches de perlas y piedras preciosas.

A mediados del siglo XVIII, los oradores sagrados fulminaron ya contra «las modas lúeticas, que van infectando las naciones», como puede leerse en los escritos del célebre capuchino, P. Abraham de Santa Clara. En efecto, fué ésta una época de fausto inaudito. A pesar de las guerras, del hambre y demás penalidades, la moda, y con ella el lujo en el vestir, siguió su ruta triunfal. El gusto se refinó; en vez de los colores fuertes empezaron a usarse los tintes oscuros y negros, realzados con valiosos encajes y bordados. Según los historiadores, las joyas que adornaban el traje de corte de Luis XVI de Francia representaron el valor de catorce millones de francos. El afán de verse retratado, cargado de joyas, se había apoderado de toda la aristocracia, tanto que hasta pintores como van Dyck, al retratar las hermosas damas inglesas, mejoraron en mucho las joyas que éstas llevaban. ¡Y no hablamos de los que se hacían pagar un plus de diez chelines para adornar con una hilera de perlas el cuello de una dama que carecía de semejante joya!

También el escote fué impuesto desde París en el siglo XVIII, y se iba introduciendo paulatinamente en los demás países, a pesar de los decretos y órdenes prohibitivos lanzados contra semejante abuso. Por aquella época, los sastres franceses empezaron ya a designar los diferentes colores con nombres fantásticos, tales como: mono envenenado, viuda alegre, duelo español, cielo de amor, etc.

A pesar de tanto fausto, la limpieza dejó mucho que desear en aquel siglo tan perfumado. Según se desprende de las memorias de Mme. de Motteville, los elegantes usaban ropa interior de seda, que cambiaban tan solo cada mes; la reina Cristina de Suecia no lavaba cada día sus hermosas manos; Carlos II de Inglaterra no tenía más que tres camisas, Enrique IV de Francia tan sólo cuatro pañuelos y los lindos pañuelitos de encaje que ostentaban algunas princesas y damas de aquella época, no tenían ningún fin práctico.

A Luis XIII se debe la moda de saludar, quitándose el sombrero los caballeros. Hasta mediados del siglo XVII éstos habían permanecido con la cabeza cubierta en el mismo salón de una dama. Al apoderarse Luis XIV de Alsacia, acabó por introducir la moda francesa en la Europa Central.

De nada les servía a los municipios imponer crecidas multas a los que usaban telas y joyas reservadas para las clases altas; con las nuevas modas, el lujo en el vestir iba en aumento de tal modo que llegó a ser imposible establecer una diferencia de clases.

La revolución francesa provocó un cambio violento en la moda y su momentánea estancación, pero en los días del Imperio volvió a recorrer triunfalmente el mundo civilizado.

CONSEJOS ÚTILES

Para quitar de los muebles barnizados las manchas producidas por el agua se vierte en un recipiente un poco de aceite común y se le añaden algunas raspaduras de cera blanca; caliéntese luego el recipiente hasta que se derrita la cera, y aplíquese en seguida sobre las manchas un poco de esta mezcla.

Frótese, por último, con un trapo hasta que vuelva a adquirir la madera el uniforme y primitivo brillo.

PASTA para limpiar superficies de madera o mármol pulidas o barnizadas sin estropearlas lo más mínimo y exactamente igual que si fuera bronce u otro metal.

Harina o pulpa de madera, cuarenta partes; ácido hidrocloreco, cuarenta y cinco partes; cloruro de cal, diez y seis partes; trementina, media paate. Los ingredientes mencionados se mezclan perfectamente hasta formar una pasta. Para limpiar el objeto se cubre su superficie con la pasta, que se deja algún tiempo, y luego se quita, frotando rápidamente la madera o el mármol con una gamuza o un cepillo, desapareciendo de esta manera el polvo y la grasa y quedando una superficie perfectamente limpia.

Por medio de una ligera fricción con un puño o una piel flexible se saca un hermoso brillo a la madera o al mármol, los cuales adquieren un lustre casi de metálico.

La adición de cloruro de cal sirve para que la pasta permanezca húmeda durante mucho tiempo, cualquiera que sea la temperatura, permitiendo de esta manera quitar la pasta sin estropear el pulimentado y barnizado, al paso que la trementina hace desaparecer los olores desagradables durante el empleo de la mezcla.

CÓMO PINTÓ MURILLO

EL CUADRO DE SANTA ISABEL DE HUNGRÍA

En la época en que nació Murillo, Céspedes había traído de Italia a Andalucía los primeros estudios de Rafael y Miguel Ángel, que pronto tuvieron imitadores en Pedro de Córdoba, Luis de Vargas y otros menos afortunados.

Durante el aprendizaje los jóvenes empezaban como empezó Bartolomé Esteban, moliendo los colores en las clásicas piedras. Los más listos, después de ganarse la voluntad del maestro, por alguna picardía artística, como la de aquel discípulo de Julio Romano, que pintó una mosca en la nariz a la figura más interesante de un cuadro, entraban ya en trabajos más serios y empezaban a manejar las brochas, empleándolas en las llamadas «sargas», que eran una especie de lienzo crudo que solía servir a modo de telones para los autos sacramentales que se celebraban ante las casas de los corregidores o en las gradas de los templos, y que se utilizaban también para tapar los altares en las solemnidades de la Semana Santa.

Con la pintura de estas «sargas» había siempre benevolencia, porque no se gastaba más que engrudo, cola y colores molidos con agua, y no iban a ser expuestas a la crítica de los quisquillosos de aquel tiempo. Para pintar al óleo ya se necesitaba haber vencido en otro género de más empeño; en los bodegones, en que se copiaba caza muerta, menaje de cobre de la antigua, todo género de trabajos de barro y de hoja de lata, alcuza y jarros vidriados, esponjas, coles, rubicundas remolachas, sonrosados rábanos y apretadas coliflores.

Claro es que a estos cuadros había de buscarse salida, y en Sevilla había un sitio muy concurrido que facilitaba la venta: el antiguo baratillo de fuste, llamado la Feria o el Jueves, célebre competidor del Rastro de Madrid y del Potro de Córdoba, en cuyas tiendas al aire libre se han consumido los bártulos y muebles de muchas generaciones. Murillo, según se refiere por algunos biógrafos, aunque no pintó «sargas», se dedicó a pintar algo del segundo género, y otros cuadros que, aunque no eran fruteríos, floreros ni bodegones, tenían cierta genialidad y eran muy apropiados para la venta en el Jueves. En Sevilla hay aficionados que poseen algunos de estos cuadros, que son muy raros.

Conociendo los aficionados el genio del pintor, pues suponemos que no debía firmarlos, los preferían a los demás, y pronto se vio desaparecer del mercado, dándole lo suficiente para pasar holgadamente la semana y para comprar lienzos, pinturas y todo lo necesario para hacer cuadros de más importancia y trabajar con descanso en los encargos que empezaba a recibir: en éstos comenzó ya a alcanzar muchísimos más fueros y notoriedad.

Sus primeros cuadros, ya elogiados y buscados, y los que pintó para San Francisco y Capuchinas, un poco más tarde, le dieron la holgura que debía alcanzar un pintor que debía ser después conocido en

toda Europa; y pudiendo ya seguir el ejemplo de algunos compañeros andaluces que, o bien se habían trasladado a Madrid, o pudieron hacer excursiones a Flandes e Italia, se decidió a ensanchar el círculo de sus conocimientos y a visitar primeramente Madrid, con objeto de conocer las riquezas pictóricas que en los últimos años se habían allí amontonado, traídas a España por los nobles o por los reyes.

Poco después, Velázquez, que era ya cortesano, veía penetrar en su estudio a Murillo, a quien tendió los brazos como querido paisano y compañero: aquellos dos hombres, aunque ellos lo dudaban todavía, eran ya la gloria del siglo; los representantes del arte de la Naturaleza en toda su plenitud, de lo real y de lo ideal en los dominios de la carne y del espíritu.

Allí refrescó sus conocimientos con el examen de los hermosos cuadros del Tiziano, el Dominiquino, Ribera, Vandyck, Rubens, Correggio, Rafael, los Carracci y otros, admirando también las obras de Velázquez que habían salido en triunfo hacia poco de los talleres del autor del cuadro de «Las Lanzas», tan halagado ya por lo mejor de la nobleza de la villa y corte. No estuvo mucho tiempo en Madrid Bartolomé Esteban; Sevilla le llamaba, y el hermoso cielo andaluz, en cuyo fondo iban a destacarse pronto sus «Inmaculadas», tenía para él tantos atractivos, que sólo quiso pasar por allí como un relámpago.

Una feliz casualidad le hizo contraer relaciones amistosas con el celebrado calavera convertido don Miguel de Mañara: acaso la historia del Tencio sevillano, su elevada clase y la afición al arte que cultivaba, estableció entre ambos verdadera y franca intimidad, y preparó el momento en que el pintor celebrado de asuntos religiosos quisiera probar su amor a la caridad y a la fraternidad humana.

En efecto, Mañara había llegado al puesto de hermano mayor de la Santa Casa de Caridad de Sevilla, y emprendió sin duda la tarea de procurarse la valiosa compañía de Bartolomé Esteban: éste, con Valdés Leal, solían pasar algunos ratos con el hermano mayor presenciando la terminación de la actual iglesia, levantada sobre las ruinas de la capilla antigua de San Jorge, y que ellos habían de adornar con sus lienzos. A Mañara le fué tan simpático Murillo, que quiso atraerlo a la Hermandad, lo que logró en efecto.

Pronto tuvo el placer de preparar la recepción y el *Breve moribus et vita* de Bartolomé Esteban: formalidades necesarias para pertenecer a la Hermandad.

Su petición, que se halla con su firma en un cuadro junto a la de Mañara, dice así:

«Bartolomé Esteban Murillo, hijo de D. Gaspar Esteban y de D.^a María Murillo, naturales de Sevilla: Digo que para mejor servir a Dios Nuestro Señor y devoción que tengo a la Santa Caridad de Nuestro Señor Jesucristo, a los hermanos de dicha Hermandad, si les pareciere ser a propósito para los ejercicios en que se ocupan en servicio de los pobres me admitan en la dicha Hermandad, en quien espero mejor vida. — *Bartolomé Esteban Murillo*.»

«Léida en Cabildo 12 de Abril de 62. — Admitida en Cabildo 10 de Marzo de 65. Diputados D. Juan Padilla. — D. Gabriel Fontanal.»

El 4 de junio de 1665 era recibido con las formalidades propias de la Hermandad y con el beneplácito de todos.

Murillo, Valdés Leal, Mañara y algunos otros amigos, aficionados a gozar de las brisas vespertinas del Betis, se reunían con objeto de oír al venerable hermano Mañara, de escuchar los relatos de los peregrinos que solían venir de lejanas tierras y de algunos caballeros amigos de hacer obras caritativas.

Una tarde vieron tomando el sol, y colocados por casualidad en especiales posiciones, varios pobres que afectaban algunas dolencias más o menos repugnantes, y que con el exceso de luz hacían que los poco avezados a estos espectáculos volvieran el rostro casi con asco.

—¿Veis esas pobres gentes?—dijo a Valdés Leal Bartolomé Esteban.—¿Notáis cuál es su aspecto y qué efecto harían en un cuadro mío sus miserias y sus laceraciones.

—¡Si tal que las veo! Pero apurado como yo habéis de andar para quitar la podredumbre al cuadro.

—¿Queréis hacerme el favor, compañero, de escogerme cuatro figuras de esas?—dijo Bartolomé Esteban, tomando la cartera de apuntes que tenía bajo su castor negro con larga pluma, sobre el banco que daba vista al atrio del Hospital y al porche de la iglesia.

—Allí tenéis aquellos dos niños tiñosos, el de la grada y el que en este momento se quita el casquete; aquel tullido encorvado que se apoya en dos muletas, la vieja flaca y enferma que está sosteniéndose en un palo y sentada en el primer peldaño de la escalinata del porche, y, en fin, aquel mendigo paralítico que ahora se quita la venda de la pierna y se mira una ilaga que relumbra al sol como una ascua encendida.

Murillo iba siguiendo las indicaciones de Valdés, y dejando rápidos trazos sobre el papel de grano amarillo de su cuaderno con un pedazo de cisco. Mañana se levantó sin decir una palabra, y teniendo en cuenta la elección de Valdés Leal, señaló a cada modelo el banco en que se hallaba Bartolomé, y dijo a cada cual con dulzura, pero con algún imperio:

—¡Vaya, estaos quietos un poco!

Muy pronto tomó Murillo la posición, los contornos y los escorzos de los que habían de servir para su cuadro; todos pertenecían al número de los acogidos, y podía disponer de ellos en el momento en que se decidiera a empezar el cuadro que meditaba.

—¡Muy bien trazados, dijeron Valdés y Mañana, al ver los apuntes de Bartolomé;—ésta es ya una agrupación que se adivina; y vamos, decidnos: ¿habéis pensado ya el asunto del cuadro?

—Santa Isabel de Hungría.

—¿Dando limosna?—dijo Valdés.

—No tal; curando a uno de esos tiñosos, rodeada de sus damas y lavándole la cabeza en una palangana de plata.

—Veo que habéis recordado mi encargo, y os doy las gracias—dijo con marcada satisfacción Mañana, —hará pareja con el de San Juan de Dios que ha de estar en el altar de enfrente.

—Desearé daros la enhorabuena—añadió Valdés Leal, inclinándose un poco ante Mañana y tomando su sombrero.

La mañana siguiente Murillo había mandado ya por su caballete y el lienzo imprimado, y se hallaba dispuesto a esbozar las figuras con el color y la colocación necesaria.

Se supone que en el atrio o bajo las columnas del patio del Hospital se trazaron ya en el término que tienen las figuras cuyos esbozo recibió primero el cuaderno, resultando tan reales en el primer intento, que Mañana, asombrado de ver a sus acogidos surgir del cuadro con tanta naturalidad, escribió en el margen de uno de sus libros, sin decir nada a Murillo: «Hasta ahora vencidos Velázquez y Veronés!

Pocos días después era trasladado a la iglesia, y cerca del cancel, todo lo necesario para acabar las demás figuras del cuadro, que se destacaban en un fondo de arcadas, al modo de los de Rafael y Julio Romano.

Allí surgió bella, ideal e interesante, de una manera que contrastaba con las lacerias y las úlceras del tullido, del paralítico, de la vieja y de los tiñosos, la radiante figura de Santa Isabel, que ocupa la parte central del lienzo.

La entonación del cuadro es admirable; destacan las figuras lo mismo en la parte oscura que en la clara. Según se refiere, nadie lo vió pintar más que Mañana.

La huérfana de Dordrecht

NOVELA DE

M. FILIBERTO DE AUDEBAND

(Continuación)

Todo cuanto la huérfana decía en su escrito era la pura verdad. A consecuencia de las intrigas tenebrosas del regidor y del decano de los barberos, la acusación había sido impresa aquella misma noche

y se habían repartido miles de ejemplares de ella, que habían corrido por toda la ciudad, y que además se daban gratis a todos cuantos forasteros entraban o salían por las puertas. Al mismo tiempo se pregonaba a alta voz en las calles, en los mercados, en el puerto, a la entrada del palacio de los Estados Generales y hasta debajo de las ventanas de los dos hermanos.

Una porción de hombres pagados al intento llevaron el impreso subversivo a las provincias, y habiéndose puesto el platero a la ventana de su casa pudo oír por sí mismo a uno de los que iban vendiéndolo por las calles.

«¡Ciudadanos de La Haya! gritaba aquel hombre: acudid a comprar el papel que acaba de salir ahora, en el cual se da cuenta de la gran traición cometida por Cornelio Witt que ha tratado de envenenar a S. A. el príncipe de Orange; este hecho se halla comprobado con las firmas de una porción de ciudadanos honrados entre los que figuran principalmente Guillermo Tychelaer (1), decano de los barberos de la ciudad, Van-Beuning, regidor y Enrique Veroef, capitán de la guardia cívica.»

Al oír pronunciar su nombre en alta voz, Enrique Veroef quiso protestar en el mismo tono: pero, sofocado por la ira y por la sorpresa, sus labios se negaron a formar una sola palabra. Por otro lado, tampoco era su voluntad protestar. La postdata de la carta de Lidia se le representaba a la manera de aquellas terribles palabras de la cena del rey Baltasar: Toda relación entre nosotros queda rota para siempre.

Al mismo tiempo que esto sucedía, el platero clavó la vista casualmente en el ramillete de Lidia. La brisa matinal, que entrando por las ventanas agitaba las cortinas hacía caer al suelo aquellas secas hojas casi convertidas en polvo.

—He aquí, dijo entonces el platero con el acento de la desesperación. ¡He aquí el frágil edificio de mi felicidad que se viene abajo para no volver a levantarse jamás sobre sus ruinas!...

IV

EN LA CALLE

Cerca de dos meses habían pasado sobre Holanda y sobre el mundo entero desde los últimos sucesos que llevamos referidos.

El aspecto de la República de las Provincias Unidas acababa de cambiar de repente.

En odio a lo que continuaba llamándose tenazmente «partido francés» los republicanos y los orangistas, estrechando cada día más los lazos que los unían, habían logrado conmovier y desprestigiar enteramente el gobierno de los dos hermanos.

Juan de Witt había hecho publicar una ley en virtud de la cual los vástagos de la casa de Orange quedaban excluidos para siempre de la dignidad del estatudero y de la de grandes almirantes: Agobiado por la opinión pública que estaba contra él y combatido por los miembros de la Iglesia protestante que le atacaban con el mayor descaro en el púlpito todos los domingos, el gran pensionario se vió en la precisión de revocar aquella ley. Desde aquel momento, la revolución adquirió nuevas fuerzas. Bien pronto la exaltación de los ánimos llegó al colmo, y Guillermo Enrique de Orange, tercero de este nombre, apenas mayor de edad, fué nombrado estatúder en medio de las aclamaciones del pueblo; Juan de Witt, desanimado con este incidente, dimitió el cargo de gran pensionario, y su hermano Cornelio de Witt, acusado por Guillermo de Tychelaer y por Van Beuning, tuvo que comparecer ante el tribunal de justicia como culpable de haber atentado a los días del hijo adoptivo de la República. El antiguo magistrado fué preso en Dordrecht, estando en la misa mayor y puesto inmediatamente en prisión con centinelas de vista como reo de lesa Estado.

Por lo dicho se ve que las amenazas del decano de los barberos no habían tardado mucho tiempo en realizarse.

Vamos ahora a describir las escenas que pasaban en las calles de La Haya el 16 de agosto de 1672.

(1) Este había sufrido pena infamatoria por diversos crímenes.

No lejos del salón de los Estados Generales y a uno de los extremos de una plaza cuadrada, existía un edificio ennegrecido por el tiempo. Veíanse en medio de sus elevadas paredes varias ventanas guardadas de gruesos barrotes de hierro. Delante de la puerta baja, estrecha y abovedada de aquel siniestro edificio, había una guardia de soldados, que llevaban uniforme encarnado con vueltas amarillas. El rostro de estos guerreros denotaba a las claras la melancolía de que estaban llenos sus corazones.

El edificio en cuestión era la célebre cárcel de Buytenhoff.

La plaza estaba llena de gentes de todas edades y clases, que tenían la vista fija en la ventana de una torrecilla que estaba situada en uno de los ángulos del sombrío edificio. Para un extranjero, y lo mismo para cualquier otro hombre que lo mirase desapasionadamente o sin ser guiado por espíritu de partido, el aspecto de la multitud era aterrador. Acá se veían grupos de marineros, con sus cuchillos pendientes de cinturón de cuero, que disputaban vivamente entre sí. Allí, corrillos de oficiales y de soldados de la milicia ciudadana que escuchaban con avidez las relaciones de algunos paisanos que se habían refugiado en La Haya, y que contaban asustados la marcha triunfal de Luis XIV por medio de las Provincias Unidas. En otros sitios, las gentes del pueblo se agrupaban en las esquinas a leer los bandos en que se llamaba al pueblo a rechazar a los vencedores hasta el patio del palacio del Louvre, en París.

Para que nada le faltase a esta parodia del antiguo Foro, veíase subir de cuando en cuando sobre un guardacantón a alguno que otro orador popular, que arengaba a la multitud señalando al mismo tiempo hacia la torrecilla de que hemos hecho mérito, y que profería amenazas horribles que la turba repetía con frenesí.

En contraposición de todo esto, veíase salir del salón donde se reunían los Estados Generales alguno que otro anciano venerable, que trataba inútilmente de defender con la más exquisita prudencia y moderación a los dos jefes del partido que acababa de caer. Estos segundos Nestores referían al pueblo, entre otras cosas, que en 1667 la escuadra holandesa, mal dirigida por el almirante Tromp, y perseguida por los ingleses, hubiera caído indefectiblemente en manos de éstos, si Juan Witt no la hubiese hecho entrar a toda vela en Amberes. Tampoco se descuidaban de hacer una breve reseña de todas las misiones diplomáticas que los dos hermanos habían desempeñado con feliz éxito, hasta humillar a Crómwell y contener por un momento la ambición del rey de Francia. Pero apenas se pronunciaba el nombre de Luis XIV cuando las imprecaciones contra los Witt estallaban con más fuerza que anteriormente.

Los ancianos se veían entonces arrollados por el populacho que, cerrando los puños en señal de rabiosa ira, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡El rey de Francia!.. ¡Por ser esos dos perros amigos de ese tirano es por lo que nos vemos en este estado!

—¡Por esa razón han licenciado los regimientos extranjeros; los daneses, por ejemplo, que eran los más adictos a la República!

—¡Por eso han desmantelado las ciudades y los fuertes!

—¡Por eso han dejado exhaustas las arcas del Estado!..

(Continuará)

RECETAS CULINARIAS

Caldo de cortezas y legumbres

Prepárase un puchero a la francesa, poniendo a cocer una libra de carne en un puchero de barro o en una marmita de fundición, con baño de porcelana; añádase un huevo, de dos y medio a tres litros de agua; déjese hervir unos minutos y adiciónese sal, pimienta y las siguientes verduras: nabos, chirivías, zanahorias, cebollas y un poquito de puerro y de apio. El caldo que resulte se desengrasa, se pasa por un paño limpio, no muy tupido, y se conserva caliente. Sáquense de la marmita u olla todos los vegetales, divídanse en pequeñas proporciones y colóquense en una sopera; por encima póngase unas cortezas de pan tostadas o secadas al horno, para echar el caldo por encima.

Dentífrico
de
moda

POLARINA

El mejor
elixir dentífrico
conocido

POLARINA

Blanquea admirablemente los dientes; evita y cura el dolor de muelas; mantiene la boca fresca y aromatizada; es antiséptico e higiénico; es el más económico.

Venta: Perfumerías, Droguerías y Farmacias

Inventores: Cortés Hermanos, BARCELONA

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APOL DE LOS DRES
JORET HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ma} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

PARIS
B^{te} Denis, 16

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el único Inalterable. — Exigir el Verdadero. 14.R. Beaux-Arts. Paris.

DENTIFRICOS
HIGEIA
ELIXIR
POLVOS
CREMA



Lavando la ropa blanca
con la primitiva Lejía
líquida marca

CONEJO

embotellada
se consigue limpieza
blancura y desinfección

REHUSAR LAS BOTE-
LLAS DESTAPADAS

ANEMIA
DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que

el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
á la Hemoglobina
CURAN SIEMPRE



Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA
CON LA COLABORACIÓN DE

D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadrados con tapas alegóricas. — Su precio 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadrados, a 5 pesetas uno.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN